

La primavera silenciosa de Rachel Carson¹

CHRISTOF MAUCH

Quizá ningún otro libro estadounidense haya causado tanto revuelo como *Primavera silenciosa* (Crítica, 2001 [1962]),² de Rachel Carson. Como un *tsunami*, hizo añicos los puntos de vista establecidos no solo en Estados Unidos, sino en todo el mundo. El mensaje del libro sobre la amenaza del abuso de pesticidas llegó a un público muy amplio; hay pruebas de que la llamada «revolución ecológica» fue causada en gran parte por la publicación del libro de Carson en 1962. *Primavera silenciosa* se convirtió en un *best-seller* inmediato y permaneció en la lista del *New York Times* durante 31 años. Varios años antes de que Paul Ehrlich (*The Population Bomb*, 1968) y Barry Commoner (*The Closing Circle*, 1971) predijeran la amenaza que suponían para la humanidad la superpoblación y la explotación de los recursos, *Primavera silenciosa* dio lugar a una nueva conciencia medioambiental y a una visión que se tradujo en acciones políticas tangibles. ¿De dónde vino su poder explosivo?

Una de las razones por las que los argumentos de Carson eran tan convincentes era su lenguaje, un lenguaje que consigue ser, en igual medida, suave e insistente. El primer capítulo, que describe un pueblo «en el corazón de América» afectado por «males misteriosos», marca el tono de todo el libro. Su estilo es tan claro como inquietantemente poético. Carson cautivó a sus lectores no solo recitando hechos, sino alertándoles sutilmente sobre las implicaciones de su análisis. No muchos científicos son capaces de presentar sus investigaciones de forma tan apasionante.

¹ Este ensayo se ha escrito dentro del proyecto MSCA-SE Speak4Nature: Interdisciplinary Approaches on Ecological Justice, financiado por el programa de investigación e innovación Horizon 2020 de la Unión Europea bajo el acuerdo de subvención n° 101086202.

² Los fragmentos de *Primavera silenciosa*, de Rachel Carson, que seleccionamos para este número corresponden a la edición de 2001 de Editorial Crítica. Agradecemos a la editorial el permiso para su republicación.

Una segunda razón del enorme éxito del libro son los feroces ataques que Carson soportó frente a la oposición de la poderosa industria de los pesticidas y la «gran agricultura». El equilibrio de poder entre Carson y sus oponentes parecía tan desigual que invoca la historia bíblica de David y Goliat, o más bien (porque el género importa aquí) la historia menos conocida de Jael, la heroína cananea que dio caza al general Sísara. Enfrentarse al DDT requería mucho valor. Después de todo, hacía poco más de diez años que el científico suizo Paul Hermann Müller había recibido el Premio Nobel de Medicina por su descubrimiento de las propiedades insecticidas del DDT; la respuesta de la comunidad científica había sido abrumadoramente positiva. Además, el mundo de la ciencia en la América de los sesenta era casi exclusivamente masculino, y el hecho de que una bióloga desafiara las opiniones establecidas confería a la disputa una cualidad muy peculiar. No es de extrañar que los críticos masculinos de Carson utilizaran el género para denunciar sus hallazgos. «¿Por qué una solterona estaba tan preocupada por la genética?», es lo que le preguntó el secretario de Agricultura Ezra Taft Benson al presidente Eisenhower en una conversación privada. Otros identificaron a las mujeres con la irracionalidad (y a los hombres con la racionalidad), utilizando frases despectivas como «histérica» y «emocional» o «amante de los pájaros y los conejitos» para menospreciar a Rachel Carson. El enfrentamiento entre Carson y sus oponentes alcanzó su punto álgido en un especial en horario de máxima audiencia de la CBS en abril de 1963. Robert White-Stevens, químico representante de la American Cyanamid Company atacó a Carson afirmando que su visión del mundo llevaría a los humanos de vuelta a la «edad oscura». Sin embargo, al final de la emisión, los telespectadores de todo Estados Unidos se pusieron de parte de Carson, que, tranquila y serena, parecía personificar la voz de la razón. Un par de semanas después, el Comité Asesor Científico del presidente Kennedy pidió que se pusiera fin al uso de pesticidas en Estados Unidos.

Una tercera razón que nos ayuda a comprender el impacto de *Primavera Silenciosa* es el clima cultural y político de principios de los años sesenta. El libro de Carson apareció en plena Guerra Fría, poco después de la construcción del Muro de Berlín y solo un mes antes de la crisis de los misiles de Cuba. La amenaza de la lluvia radiactiva creaba ansiedad en Estados Unidos y más allá. Futuristas como Hermann Kahn imaginaron «lo impensable», la brutal realidad de un mundo contaminado. Novelas y películas apocalípticas como *En la playa*, de Nevil Shute, contribuyeron a profundizar en el tema de los venenos que podían acumularse en los tejidos corporales y afectar a la salud de animales y seres humanos. Además, los

trabajos del crítico social Vance Packard sobre las fuerzas manipuladoras de la publicidad excesiva (Carson menciona el trabajo de Packard) habían socavado la confianza en la autoridad. Carson supo aprovechar la ansiedad y el escepticismo del público estadounidense para dirigir a sus lectores hacia su propio concepto de la vulnerabilidad y el riesgo humanos.

Primavera silenciosa es un libro muy estadounidense, que utiliza casi exclusivamente ejemplos estadounidenses. Y, sin embargo, el libro se tradujo a dos docenas de idiomas y tuvo repercusión en muchos países de todo el mundo. En Gran Bretaña, la Cámara de los Lores celebró una sesión sin precedentes de cinco horas sobre *Primavera Silenciosa*. En Suecia, la palabra «biocida» entró en el lenguaje como resultado directo de la publicación de *Primavera Silenciosa*. Y en Cuba, Fidel Castro lanzó una serie de libros, Ediciones Revolucionarias, que incluía los libros más importantes para la educación universitaria. *Primavera silenciosa* se convirtió en el primer volumen de la colección. El libro de Carson fue tan polémico en el extranjero como en su propio país. Científicos y políticos instrumentalizaron el mensaje para sus propios fines. Los europeos del Este denunciaron los problemas de los pesticidas como consecuencia y síntoma del capitalismo, y algunos europeos occidentales, sobre todo en España e Irlanda, afirmaron que el uso excesivo de insecticidas se limitaba a la agroindustria estadounidense y no se aplicaba a su propio país. Está claro que la reacción inmediata a *Primavera Silenciosa* en la década de los sesenta fue a gran escala. Pero ¿cómo explicar que el libro siga resonando entre los lectores –incluso en países como Turquía y China, muy alejados de Estados Unidos– cincuenta años después de su publicación?

Quizá porque Rachel Carson es tanto una profeta como una escritora o una científica; una *poeta vates*, como la llamaban los romanos, una escritora creativa con la energía y la inspiración necesarias para imaginar el futuro. Resulta revelador que dedicara su libro a Albert Schweizer y a su ominoso lamento de que «el hombre ha perdido la capacidad de prever y prevenir».

De hecho, la forma en que Carson estructura sus argumentos recuerda a la profecía bíblica: presenta un problema, identifica las causas, ofrece ejemplos ilustrativos y termina con una exhortación a evitar futuras calamidades. Sus advertencias son vívidas y universales. Dado que la idílica ciudad que aparece en las primeras páginas de su libro es ficticia, podría ocurrir en cualquier lugar y en cualquier momento. Cuando leemos hoy el libro de Carson, no se trata solo del DDT: es la his-

toria de todo lo que ha surgido de las pistolas pulverizadoras; más en general, se trata de los «asaltos del ser humano al mundo natural».

A diferencia de George Perkins Marsh, cuyo magistral *El hombre y la naturaleza* se publicó un siglo antes, Carson no consideraba que la naturaleza y el ser humano estuvieran separados. Para ella, el ser humano y su entorno formaban un delicado sistema de organismos vivos. Algunas de las fotos más famosas de Rachel Carson la muestran inclinada sobre un microscopio; otras, en la playa o en el bosque con unos prismáticos. Esta capacidad de moverse entre lo microscópico y lo macroscópico –de los átomos manipulados a los granjeros tejanos, del huevo al reptil, del pez al pájaro, de la flor al alimento, de la tierra al agua y al aire– es lo que caracteriza muchas de las observaciones de Carson. Su visión del mundo es la de un sistema orgánico complejo, una visión global y dinámica que podríamos llamar ecoscópica, en la que todo está conectado con todo lo demás. Puede que otros científicos tuvieran puntos de vista similares. Pero nadie más reveló el papel del ser humano en la manipulación de la naturaleza de una forma tan poderosa. Nadie más mostró con tanta claridad que la composición de las sustancias químicas «en los tejidos del nonato», el destino de las generaciones futuras, y de la humanidad en su conjunto, está en manos de quienes tienen hoy la autoridad para definir el riesgo. [...]

Rachel Carson encarna algo así como la conciencia ecológica de la humanidad en los siglos XX y XXI. Carson no era una activista. Pero sus palabras silenciosas y perseverantes funcionaron como un poderoso antídoto alentador contra la arrogancia de las corporaciones y los protagonistas que quieren hacernos creer que los humanos pueden controlar totalmente la naturaleza.

Christof Mauch es director del Centro Rachel Carson para el Medio Ambiente y la Sociedad, asociado a la Universidad Ludwig Maximilians de Múnich.